

## EDITORIAL

---



**Hna. Liliana Franco, ODN**  
Presidenta de la CLAR

Ahora, cuando me dispongo a escribir la Editorial, no puedo dejar de pensar en las/os jóvenes religiosas/os a quienes hemos visto estos días, marchar y organizarse en distintos lugares de nuestro continente, en defensa de la dignidad humana y del bien común, ni en aquellas/os a los que escuchamos el mes de mayo, en el seminario de Formación, organizado por la CLAR<sup>1</sup>. Sus rostros, sus expresiones cargadas de verdad, sus pedidos razonables e incluso proféticos, me han acompañado a lo largo de este tiempo.

Quisiera en esta primera parte de la Editorial dirigirme a ellas/os.

Sí, a ustedes, jóvenes que están configurados por la diversidad y que en distintas parcelas del Reino se están movilizand, para ayudarnos a despertar. Cuando las/os observo reconozco que lo más común entre ustedes es que son distintos, así los soñó Dios. Él se complace en lo que cada uno de ustedes es, ustedes son su obra de arte. Por eso, no permitan que la sociedad, las tendencias de moda o incluso los planes formativos los masifiquen. Sean la plenitud de lo que Dios quiere de ustedes; sean en la verdad lo que Él moldeó en ustedes, en la radicalidad de lo que exige este momento histórico, en

---

<sup>1</sup> Este es el enlace el video por si desean escucharlos: [https://www.youtube.com/watch?v=jWPmJoUfb\\_Y&t=2128s](https://www.youtube.com/watch?v=jWPmJoUfb_Y&t=2128s)

la alegría de saberse amadas/os y llamadas/os.

Traigan hasta lo profundo de la Iglesia y de sus Congregaciones, lo más genuino de su generación. Ayúdenos a liberarnos de todo individualismo, recuérdennos que lo propio de la Vida Religiosa es lo común, lo comunitario; por eso exijánnos que vivamos en condición de hermanas/os; no toleren entre nosotras/os roces innecesarios que desgastan la fraternidad, ayúdenos a levantar la mirada, a mirarnos más allá de nuestras enfermedades y dolencias, de nuestras preferencias políticas o ideológicas y de nuestras zonas de confort; exijánnos que hablemos del Reino, que soñemos el Reino, que apuremos el Reino.

No permitan que los infantilismos, sitúense siempre como personas que buscan con autenticidad y valentía el querer de Dios, como tantos jóvenes de su generación que para hacer realidad sus sueños, su proyecto de vida, deben trabajar, esforzarse, desvelarse, movilizarse y salir permanentemente de las zonas de bienestar.

Por favor no permitan que el arribismo les haga perder la memoria de su origen; no caigan en la tentación de aprender modos de relación clericales o verticales; vívanse desde la fraternidad y la sororidad, desde el gozo que da el encuentro y tejan relaciones gratuitas y evangélicas. Su consa-

gración no los hace mejores, simplemente los hace hermanas/os y servidores, no lo olviden nunca.

No renuncien a la ternura, a la expresión sana y casta de los afectos; crean en la fecundidad de los procesos, de lo que se teje despacio y con otras/os. Háganse conscientes de que la Vida Religiosa que ustedes están llamadas/os a vivir tiene tres características, ya es y será, intercultural, intercongregacional e itinerante. No se acomoden, salgan, que nada borre en ustedes la experiencia del amor primero y vívanse siempre más allá de su propia geografía, más allá de su propia congregación, más allá de sus propias ópticas y visiones. No le tengan miedo a ensanchar la mirada, la reflexión, los cuestionamientos. Piensen, disciernan, sitúense con sentido crítico, construyan, propongan y renueven.

Configúrense como la generación de religiosas/os que se convierte en la guardiana de la vida, de la tierra, de las culturas, la que supo abrirle camino a la ecología integral. Háganse amigos de los más pobres, sueñen junto a ellos un mundo más digno y justo. Y a nosotras/os, ayúdenos a volver a las fronteras, a las periferias geográficas y existenciales.

Ubíquense siempre desde la experiencia de ser Iglesia, pueblo de Dios, llamados a dar la vida, no la economicen, es para darla y que Dios sea siempre el Absoluto de su

existencia, enamórense; cultiven el amor y la mística del encuentro. No claudiquen en el arte de orar, háganse contemplativos, sencillamente discípulas/os, radicalmente hermanas/os.

En segundo lugar, quiero contarles a ustedes y a todas/os los que leemos esta Revista, que estamos preparando el Congreso de Vida Religiosa de América Latina y el Caribe, en el que cada tres años nos damos cita para dejar que en la historia resuene la voz del Espíritu, nos marque el rumbo, nos señale el horizonte de las opciones y de la acción, nos revista de fuerza para el camino y nos dé osadía para repensar las respuestas.

Este año el Congreso será virtual, los días 13, 14 y 15 de agosto. El tema en torno al que nos daremos cita es: "*Hacia una Vida Religiosa Latinoamericana y Caribeña Intercongregacional, Intercultural e Itinerante*". Esas tres "Íes", van configurando el nuevo rostro de nuestra opción de vida:

La *intercongregacionalidad*: La fuerza de la Vida Religiosa del futuro, reside en el Espíritu que nos convoca a la unidad. Las/os otras/os, en su notoria diferencia, tienen algo para decirnos. El camino de la relación en gratitud y reciprocidad, se abre ante todas/os como una posibilidad. Mirarnos lejos de estereotipos y marcas preconcebidas, hace parte de ese camino de conversión que muchos debemos emprender y que

nos exige desaprender. Camino que no es posible recorrer, sin consciencia clara de la propia identidad y del don recibido. Ese que nos vuelca al misterio del otro y genera el encuentro.

La experiencia de ser con otras/os, de intercambiar dones, de poner los carismas al servicio del Reino, será la fuente que nos nutra de vitalidad y novedad. No será creíble un estilo de vida que se agote en sí mismo y que en una egocéntrica referencialidad, se limite para el encuentro con la diferencia. El encuentro con personas y carismas, la unidad para generar procesos de reflexión, pensamiento y criterios; las búsquedas comunes para fortalecernos en la misión, la disposición a sencillamente compartir las consecuencias de nuestra opción por Jesús, la dinámica inter, va dando a la Vida Religiosa un nuevo rostro y nuevas posibilidades, que se constituyan en un signo creíble y elocuente.

La *interculturalidad*: Hoy es evidente la pluralidad de culturas abrigadas en un mismo carisma. En todas nuestras comunidades, la relación entre personas de diferentes países, hace parte de ese desborde del Espíritu, que por ser inesperado desafía, sorprende y encanta.

La vivencia de la interculturalidad supone conocimiento, vínculo afectivo, intercambio real. Implica abrazar la propia identidad y cultura; salir de los propios esquemas,

disponerse a aprender, valorar el don que entraña la diferencia, escuchar y situarse en el lugar del discípulo, de quien no lo sabe todo y desea compartir, intercambiar, crecer en el ejercicio del encuentro.

Exige no justificar nuestros límites o “mañas”, en el hecho de que pertenecemos a tal o cual cultura y optar, sin negar lo propio, por una cultura común, la que surge de contemplar a Jesús y beber de los valores del Evangelio. Sólo hay una dinámica intercultural auténtica, allí donde el encuentro hace que acontezca el aprendizaje, el crecimiento y la transformación.

*La itinerancia:* Surge de la experiencia de saberse amada/o, llamada/o y enviada/o. Es una manera de situarse ante la realidad: en movimiento, en un peregrinar al interior sin tregua y al exterior sin excusa. Adherida a lo más profundo de nuestra identidad de discípulas/os está nuestra condición de itinerancia. Aquello que nos moviliza, encarna lo que realmente nos apasiona, eso o esos por los que estamos dispuestos a ofrendar la vida.

Hoy, la itinerancia supone caminar con otras/os, acercarnos a la frontera, ese espacio que, en pala-

bras del P. Roberto Tomichá: “*es el símbolo convergente y articulador de lo transcultural y transreligioso, donde la vida sigue en constante mutación, generando nuevas vivencias y expresiones creativas*”. Y asumir existencialmente que un rasgo configurador de nuestra vocación, es nuestra identidad de discípulas/os misioneras/os, y ello, sin excusas, nos pone en camino.

Intercongregacionalidad, Itinerancia e Interculturalidad, requieren itinerarios y espacios de encuentro y formación, así lo planteamos en las primeras páginas de esta revista, donde explicamos el origen, el método y el alcance del Congreso.

Gracias a todas/os los que han hilvanado las palabras que dan forma a esta Revista, con su reflexión nos ayudan a profundizar, nos confrontan y movilizan. Sus aportes son un abre bocas que nos motiva a inscribirnos y participar en el Congreso.

Que María, la mujer que en Pentecostés se dejó habitar por el Espíritu y se puso en camino, haga que, entre nosotras/os, renazca la esperanza.